

RUTA MEHARI

Parte - 1

EL ALMA DE LAS MONTAÑAS

- El Atlas marroquí -

Texto y fotografías: Vicente Plédel y Marián Ocaña.

ENTRADILLA

España, al ser el país vecino de Marruecos, nos sitúa en una posición privilegiada para acceder con nuestro propio vehículo todoterreno al territorio magrebí en poco tiempo y en el corazón de las montañas del Atlas descubriremos un mundo intemporal. Alejados de los itinerarios turísticos, iniciamos con esta etapa una serie de rutas que nos descubrirán las palpaciones más profundas de un país que cautiva. Ponemos al alcance de cualquier poseedor de un 4x4 recorridos repletos de encanto, parajes sorprendentes, pistas insólitas y una dosis perfecta de aventura para que el propio participante se "auto-controle" según su experiencia en conducción y navegación.

EL ALMA DE LAS MONTAÑAS

- El Atlas marroquí -

La ruta la iniciaremos en Ceuta, donde tras hacer las últimas compras y repostar combustible a mejor precio que en la península, nos presentamos en la frontera. La aduana es pesada y los trámites lentos debido a la complicada burocracia marroquí pero los tesoros del otro lado de la frontera compensan este pequeño sacrificio y en el resto del país los pocos controles que hallemos se superarán en pocos minutos.

Para situarnos en Midelt pasamos por Tetuan, Ouezzane, curioseamos por pintorescos mercados y vamos dejando tras nosotros ciudades tan emblemáticas como la imperial Meknes, pero no hemos venido para hacer turismo, nuestros objetivos son muy claros: explorar el Atlas marroquí y llegar hasta las dunas del Sahara.

EL CASTILLO DE AGUA

Las montañas se inician con un paisaje alpino muy similar a muchos enclaves de centroeuropa y que nos llevan hasta Azrou, ciudad de origen bereber. Bosques de cedros y abetos nos van rodeando, es el Atlas, cuya estratégica posición y altitud le convierten en un espléndido castillo de agua que riega todo el país "fértil" a través de los pocos ríos permanentes, pero sobre todo gracias a las violentas crecidas estacionales de los "oueds".

Con una circulación prudente para evitar cualquier tipo de percance con todo aquello que "sorpresivamente" se cruza en la carretera llegamos a Midelt. Tras repostar, encontramos la pista que nos conducirá al Circo de Jaffar por un recorrido exclusivo para todoterrenos. Pedimos información a los lugareños sobre el estado de la pista y unos nos dicen que está cortada por los desprendimientos provocados por las lluvias y otros que la pista está mal pero que con nuestros vehículos podremos pasar. Ante este tipo de "contradicciones locales" la experiencia nos ha enseñado que lo mejor es arriesgarse e intentarlo porque cuando hay varias versiones lo normal es que se encuentre muy deteriorado pero aun practicable con el vehículo adecuado.

Nuestros tres Monteros inician su primera etapa 4x4 rumbo O. y al poco rumbo S, directos a las espectaculares montañas nevadas del Atlas y circulando entre casitas de adobe y campos de cultivo. Varias pistas se presentan ante nosotros pero seguimos siempre la principal.

Por un terreno pedregoso en los lindes de un oued seco avanzamos ahora hacia el S.O. pasando por un paisaje donde se encuentran diseminados innumerables cedros, que conceden al entorno un aspecto fantasmal. La ruta es propicia al cruce con caravanas de pastores nómadas que se desplazan a lomos de camellos, caballos o mulas. Debido a ello es posible encontrar fuentes con abrevaderos de agua para abastecer a los camellos y el ganado bereber que pasta por la zona. Un agua abundante, fresca y cristalina que llega directamente de las montañas.

Y por fin, ascendiendo por una pista a media ladera y dejando un oued seco de montaña al margen de la misma llegamos a los 2.250 m de altitud, divisando delante de nosotros el soberbio espectáculo del Circo de Jaffar. Una majestuosa obra de la naturaleza que como un valle perdido en medio de desafiantes montañas nos deleita con unas vistas espectaculares, resaltadas por el tono suave y anaranjado que confiere la luz del sol a punto de esconderse.

Es el lugar perfecto para montar un nuevo campamento pero al estar desprotegidos, los vientos nocturnos podrían acabar con la noche de reposo que todos necesitamos.

Bajamos del puerto de montaña por una estrecha pista rocosa encajada entre una pared petrea y un precipicio que termina en los más profundo del Circo de Jaffar. Esta es la pista con la que los lugareños no se ponían de acuerdo sobre su transitabilidad y realmente se trata de una pista dura, destrozada por las lluvias y con grandes rocas que debemos ir sorteando frecuentemente pero... superable con mucho cuidado y paciencia.

Así llegamos hasta el lugar donde establecemos nuestro nuevo campamento y preparamos una fogata que nos permite disfrutar de una acogedora acampada, a pesar de los fríos 2.250 m de altitud a los que nos hallamos.

EL REINO DE LOS NÓMADAS

Un nuevo amanecer, un reconfortante desayuno y de nuevo en ruta. El camino por el Atlas está frecuentado por los pastores bereberes, el dominio tradicional de esta etnia, una de las más antiguas del territorio marroquí y que datan del primer milenio a.C. Aunque sus ancestros se dedicaron, entre otras cosas, a la conquista de España, hoy en día continúan con su tradicional ocupación: la cría del ganado ovino y caprino. Son muchos los niños y mujeres que corren junto a nosotros y los vehículos para tratar de conseguir alguna que otra cosa.

Un cruce de pistas con carteles nos indica dos direcciones, una nos llevaría de regreso a Midelt por un itinerario más suave que el que acabamos de concluir y la otra pista nos llevaría a Tounfite y a Imichil a través de las montañas, la ruta que nosotros queremos hacer.

Seguimos surcando valles, bosques y montañas hasta llegar a Tounfite donde repostamos, compramos provisiones y pedimos indicaciones a los lugareños.

La población es encantadora pero las noticias no son buenas ya que la pista que une Tounfite con Imichil está cortada por la nieve y la que hace Tounfite-Arhbala-Imichil está cortada por las lluvias que han arrasado el puente que cruza un cañón, insalvable de otro modo. Al menos en esta ocasión no hay diversidad de opiniones, todo el mundo esta de acuerdo con el estado de las pistas así que nos encontramos con ambas rutas cerradas.

Pero allí donde surgen las dificultades también surgen soluciones. El encargado de una agencia dedicada a organizar trekkings por el Atlas nos lleva a su oficina y nos hace un croquis detallado para ir sorteando por pistas secundarias todas las rutas cortadas y llegar a Arhbala. Un

esquema tan minucioso que incluso nos indica hasta los pueblos que debemos cruzar rápidamente porque los niños son muy "amantes de las piedras" y poco "acogedores" con los vehículos extranjeros.

Vamos cruzando colinas, planicies, bordeando terrenos cultivados y realizando breves paradas en hermosos pueblos de adobe "recomendados" por nuestro anfitrión de Tounfite.

Tras casi 130 km. de pistas desde que salimos de Midelt nos encontramos con un pequeño tramo de asfalto nos lleva a Arhbala pero que abandonamos a los 7 km de salir de dicha población. Una pista paralela a un oued nos lleva a Tizi-n-Isli, pueblo tras el cual el camino se torna dificultoso, debido a que las lluvias han levantado las piedras y formado pequeñas lagunas que no permiten apreciar exactamente por donde circulan nuestras ruedas. Un itinerario complicado que al poco se torna sinuoso y ascendente hasta elevarnos a 1600 m de altitud a través de un atractivo paisaje montañoso.

Con este entorno llegamos a Ouaurioud, donde comienza el tramo más espectacular del día. Al principio la pista transcurre por un oued rico en aguas y los vadeos son constantes durante kilómetros, luego la pista comienza a ascender y varios valles fértiles van quedando a nuestros pies. Pequeñas granjas de adobe aparecen por doquier, las montañas emanan vida y campos de cultivo de un verdor intenso rompen la monotonía de los sombríos macizos rocosos. Los pastores con sus rebaños siguen siendo los principales encuentros que tenemos, gente amistosa y tranquila que nos saludan calurosamente.

Un mirador natural es el punto álgido de todo este recorrido y nos permite disfrutar a media ladera de la grandiosidad de los valles que acabamos de surcar así como de la majestuosidad de la cordillera que se eleva sobre nuestras cabezas. Un alto casi obligado para poder ir asimilando todo lo que nuestros ojos nos van transmitiendo.

Pistas al borde de precipicios en medio de unos macizos ya totalmente estériles nos van dirigiendo hacia Imichil. Vamos saltando de un valle a otro pero ya no hallamos ningún rastro de verdor hasta llegar al inolvidable lago de Tislite donde el camino vuelve a jugar con nosotros al obligarnos a realizar innumerables vadeos que nos conducen hasta Imichil.

MONTAÑAS DE AGUA

Imichil es la capital de la importante tribu bereber Ait Haddidou, que en Septiembre reúne a más de 30.000 nómadas bereberes en su más importante feria, intercambiándose y vendiendo productos agrícolas y rebaños. Una festividad fascinante y espectacular en la cual se acuerdan matrimonios donde las mujeres, generalmente, tiene por fortuna libertad para elegir a su marido.

Pero Imichil es un hervidero de gente, así pues decidimos alejarnos unos kilómetros en dirección Agoudal en un paraje más tranquilo que nos proporcione un poco de discreción para

desplegar el campamento.

La oscuridad de la noche al instalar el campamento no nos permite advertir lo cerca que nos encontramos de un pueblo y al despertar con los primeros rayos de sol nos comienzan a visitar numerosos pastores y aldeanos. A pesar de la pérdida de intimidad, es todo un espectáculo ver como se despereza un pueblo mientras amanece. Las gentes comienzan a deambular por sus calles, de las chimeneas comienza a brotar el humo de las cocinas y poco a poco la población se va agrupando para dirigirse con sus rebaños en busca de pastos o con sus aperos de labranza a enfrentarse a otra jornada de duro trabajo en sus campos.

Hoy tendremos otro día memorable y repleto de profundos contrastes. La ruta se inicia con una pista muy sinuosa que sigue el trazado de un oued que da vida a infinidad de tierras labradas por este frondoso valle. Un recorrido hasta Agoudal nos permite atravesar pueblos entrañables con una arquitectura popular-tradicional extraordinaria. Cada uno de ellos, por pequeño que sea, está presidido por su imponente kashba, una ciudadela fortificada que ha desempeñado, en el curso de los siglos, un papel de máxima importancia al facilitar la supervivencia de las comunidades bereberes en una tierra hostil, escenario de incesantes incursiones por parte de las poblaciones nómadas. Todos estos pueblos conservan intacta la huella de la tradición bereber puesto que han sabido preservarlas aun con la llegada de la época contemporánea.

La llegada a cada población suele estar acompañada por una estampida de chiquillos que se acercan ansiosos a los vehículos gritando "stylo", "crayon" y "bombon" a la par que intentan arrancar todo lo que no esté atornillado o remachado al coche. Pero afortunadamente, cuando se acostumbran a nuestra presencia parecen apaciguarse pausadamente. Los hombres siempre resultan encantadores y amigables y las mujeres, algo más tímidas, pasan junto a nosotros vestidas con sus tradicionales trajes de tonos oscuros combinados con rojos, verdes o amarillos, una visión magnífica que contrasta espectacularmente con el verde los campos y el ocre de las casas.

Agoudal marca el final de esta etapa de espectacular arquitectura, población tradicional y fértiles tierras. Al tomar dirección S.E. hacia Ait Hani las montañas se tornan áridas y las pistas rocosas. Pero incluso este yermo y desolado entorno posee su personal encanto debido a la grandiosidad que nos rodea. El paso de Tizi-n-Tirherhouzine a 2.706 m de altitud es el mejor exponente de esta etapa, nos invita a deleitarnos con sus cautivadores vistas y nos permite divisar la pista zigzagueante que transcurre bordeando el vacío... y por la que deberemos continuar.

LA PUERTA MÁGICA

La bajada por esa cordillera pelada sobrecoge mientras nuestras ruedas parten las piedras de cuarzo que han caído por la pista. Nuevos valles estériles se abren en cada recodo y nos deja

atónitos el hecho de cruzarnos con un rebaño de camellos a estas altitudes con cumbres nevadas como telón de fondo.

Poco después surge la duda en una bifurcación que aparece ante nosotros dado que los dos grandes ramales aparentan ser la pista principal y no podemos usar el GPS debido a que ambas pistas son tan zigzagueantes que cualquiera de ellas podría llegar a Ait Hani. La aparición providencial de un lugareño nos indica hacia la derecha, recorriendo la parte más baja de un valle hasta el final, donde recuperaremos el rumbo lógico hacia Ait Hani.

Tamtatouche es el último "gran" pueblo de nuestro recorrido por el Atlas, un pueblo repleto de vida y de bella arquitectura entre el verdor de sus cultivos y que nos llevará, rumbo sur, directos a las gargantas del Todra.

Un marabut, mausoleo de hombre santo, marca el inicio del recorrido por estas fastuosas gargantas, un itinerario que transcurre sobre el propio oued, un lecho repleto de rocas con innumerable vadeos, sencillos en esta época del año pero complicado en la época de lluvias.

El camino está claramente delimitado por las altísimas y verticales paredes rocosas que en algunos tramos casi no nos permiten ver el cielo. La salida es el pasaje más espectacular del cañón ... ¡Un pasillo de 10 m de ancho y 300 m de alto! Una puerta mágica que a pesar de la gran cantidad de turistas que invaden este tramo todavía no ha perdido su excepcional encanto. Tras nosotros dejamos una primera ruta fascinante, un itinerario exclusivo para todo-terrenos y que muestra una nueva y mágica dimensión de Marruecos. En el Atlas nos vemos sumergidos entre prodigiosos y excepcionales tesoros que han transformado toda una serie de pistas en algo inolvidable...y que seducirá a todo aquel que este dispuesto a recorrerlas.

Parte - 2

LAS ISLAS DEL SAHARA

- El Sahara marroquí -

Texto y fotografías: Vicente Plédel y Marián Ocaña.

ENTRADILLA

En la anterior etapa vivimos inmersos en el alma de las montañas del Alto Atlas, un paraíso de bellezas naturales en un mundo intemporal. Pero Marruecos va más allá de estos sugestivos y cautivadores colosos de la roca y allí donde nos detuvimos reemprendemos la aventura para dirigirnos a un escenario bien distinto. Son los dominios del desierto con sus doradas dunas, las hamadas pedregosas y sus seductores oasis. Navegamos por un mar de soledad con islas de vida que nos harán sentir en un Eden perdido... cuando lleguemos al Valle del Dra.

LAS ISLAS DEL SAHARA

- El Sahara marroquí -

La garganta del Todra nos pone en contacto con el asfalto acercándonos hasta la ciudad de Tinerhir. Seguimos un camino que nos ofrece una magnífica visión del extenso palmeral encajado entre las abruptas montañas que le rodea, salpicado de construcciones de barro que pueblan el inmenso valle de palmeras.

Así queda tras nosotros la cadena montañosa del Alto Atlas y nos dirigimos hacia el Valle del Ziz. Por este asfalto, en muy buen estado, alcanzamos 145 km después la ciudad de Erfoud, un fecundo palmeral que ostenta el título de capital de la región de Tafilalet.

En esta ciudad se termina el asfalto y será el punto donde nos adentremos en este océano de olas de arena. Al principio la pista es fácil y compacta, el entorno ingrato pero a medida que avanzamos se van perfilando en el horizonte las resplandecientes dunas. Cuando el firme se hace muy arenoso detenemos nuestros todoterrenos para bajar la presión de las ruedas y así rebajar el riesgo de quedarnos atrapados en la blanda arena.

OCEÁNO DE ARENA

El avance prosigue y ya nos vemos inmersos en el Sahara, donde las suaves ondulaciones de las dunas van envolviéndonos. Paisajes de postales que siempre nos han hecho soñar... ahora lo tenemos al alcance de la mano.

En medio de este vasto infinito nos sorprende encontrarnos de vez en cuando con carteles que en medio de la nada, indican como llegar a rústicos albergues de adobe donde los viajeros pueden disponer de servicios, disfrutar de una ducha o tomarse refrescos, un buen té a la menta, una comida sencilla... o contratar un guía para que los más inexpertos aprendan a surcar el complicado mundo de las ondulantes arenas.

El sol ya se ha sumergido en el horizonte y la oscuridad nos rodea pero proseguimos el avance hasta superar el primer frente de dunas... y acampar en su interior. Una experiencia única e inolvidable que transforma en realidad el sueño de todos los amantes del desierto. La suave brisa nocturna nos hace olvidar los calores diurnos, la luna se ha adueñado del cielo y la arena refleja con fuerza esa luz plata que ilumina este mar de soledad llamado Sahara.

Amanecemos en este continente de silencios y poco a poco un sol naciente va dando forma y color a las Señoras del Desierto: las dunas. Nuestros pies descalzos se hunden en las todavía frías arenas y nuestras mentes se preparan para disfrutar plenamente de este sorprendente rincón del planeta. Cada conductor avanza a su aire por el ondulado terreno; la destreza, experiencia y seguridad de cada uno marcará su conducción, el conocer nuestras propias limitaciones es la cualidad básica para gozar de las intensas sensaciones que ofrece este

fantástico recorrido por un medio tan hermoso como hostil y traicionero. Huelga decir que unas buenas planchas de arena, palas y una eslinga son imprescindibles y agilizan en gran medida los esfuerzos para sacar a los vehículos de las trampas de arena.

Fuera del inmenso arenal del Erg Chebbi podemos seguir la pista que mantiene el lecho de dunas a nuestra izquierda hasta que finalmente alcancemos Merzouga, enclave del desierto que se ha convertido en un punto ineludible para particulares y clubes que desean vivir las sensaciones del Sahara.

En los alrededores de Merzouga, el Erg Chebbi cuenta con impresionantes dunas donde algunas de ellas pueden alcanzar hasta los 150 m de altura, un verdadero reto para los más intrépidos y hábiles conductores. Y también podemos disfrutar de su gran lago que en invierno tiene el atractivo añadido de disfrutar con la presencia de centenares de flamencos rosados. Estos vistosos pájaros juntos con otras aves migratorias se concentran en la orillas del lago que se forma al pie de las dunas.

Inflamos de nuevo los neumáticos y abandonamos Merzouga, población que carece de atractivo alguno salvo por su entorno y seguimos la pista que nos conduce a Rissani. Dejamos las dunas a nuestra derecha a través de un terreno de tierra compacta y dura, libre de complicaciones y que nos permite avanzar a una velocidad muy buena. Seguirán apareciendo carteles indicándonos la presencia de sencillos campings y albergues. Cruzamos el puente que sobre el oued, con agua cuando lo pasamos, cruza la pista y finalmente alcanzamos Rissani.

Esta ciudad es la cuna de la dinastía alauita, a la cual pertenece Hassan II, actual monarca de los marroquíes. Precisamente la plazoleta donde se encuentra el Centro de Estudios e Investigación Alauitas será el lugar donde tomaremos rumbo SW pasando bajo el precioso arco decorado que nos despide de la ciudad. Después dejamos una gasolinera a la izquierda donde repostamos combustible y donde somos sorprendidos por una inesperada y furiosa tormenta de agua y arena que en pocos segundos nos envuelve en una nube de confusión, viento y barro y que desaparece tan rápidamente como nos ha sorprendido.

LA OTRA CARA DEL DESIERTO

Consultamos de nuevo los mapas y comprobamos que tan sólo 55 km de asfalto nos separan de Mecisi, punto donde iniciaremos un nuevo tramo a través de una pista que nos conducirá hasta Zagora. Pero el sol está apunto de ponerse, así pues, salimos de la ciudad y unas decenas de kilómetros después nos separamos unos kilómetros del asfalto para acampar al aire libre, en un desierto bien distinto, el de las rocas. Montamos un nuevo campamento al abrigo de una colina basáltica desmenuzada por los bruscos cambios de temperatura y heladas de invierno. Después de una estimulante ducha, preparamos la cena y tras ella hacemos los planes para recorrer el tramo que nos espera el día siguiente.

Amanece un día espléndido y tras recoger el campamento nos incorporamos de nuevo al asfalto. Poco después llegamos a Mecisi y nos mantenemos alerta para no pasarnos la pista que a la izquierda nos obligará a cambiar de rumbo en nuestra ruta. Una vez localizada comenzamos a avanzar por ella y comprobamos como toda la zona se encuentra amenizada por una serie de pueblos-oasis que brotan donde la capa freática de agua permite manar su savia a través de rústicos pero eficaces pozos... y con ellos surge la vida, los cultivos y los palmerales. Fezou destaca entre todos ellos, con su inmenso palmeral y una preciosa kasbah que atrae nuestra atención. La población es acogedora y sencilla, aunque como es habitual la presencia de los todoterrenos causa una gran expectación entre los chiquillos, que se abalanzan sobre nosotros.

Después de esta pequeña incursión en Fezou continuamos nuestro camino y cada vez se va acentuando más el carácter seco y árido del terreno. Rodeados de jebel (montañas y colinas de cumbres planas), disfrutamos de un entorno agreste con llanuras de tierra compacta encajados entre montañas pero que se van alternando con tramos de piedra fina, triturada. Hay momento que somos sorprendidos por remolinos de viento y arena que nos envuelven por completo, obligándonos a detenernos pero pronto desaparecen. Algunos tramos son extensiones de piedra negra, lava que cubrió esta tierra hace millones de años.

Comenzamos a transitar por un terreno mucho más pedregoso, con peligrosas rocas que afiladas como cuchillas provocan algún que otro pinchazo. Vamos sorteando jebel hasta que por fin salimos del infernal roquedal y cuando creemos que la pista mejora... pronto nos encontramos en un terreno cubierto de la insoportable y odiosa tôle ondulée o chapa ondulada. Tratamos, siempre que nos es posible, de seguir por pistas alternativas para evitar el efecto "batidora" dentro del coche.

La ausencia de poblados y cultivos ha caracterizado la mayor parte de este tramo pero el entorno vuelve a mutarse y comenzamos a ver campos delimitados por vallas de adobe, indicio de que empezamos a aproximarnos al Valle del Dra. Cada vez son más numerosas las extensiones delimitadas de los cultivos, aparecen casas de adobe, población que nos saluda con gesto amable... y un gran río -el Dra- para llegar finalmente a Zagora. En dicha localidad nos encontramos de nuevo con el asfalto, descansamos y hallamos el singular e histórico cartel que indica el camino hacia Tombuctu, en Mali. En él, de forma muy explícita y gráfica se nos indica que en tan sólo 52 días a camello podremos alcanzar esta legendaria ciudad.

Para nosotros es el final de una nueva etapa hay muchos hoteles atractivos pero nosotros preferimos una noche más disfrutar del entorno de seductora belleza que ofrece este valle y nos internamos por las orillas de oued al abrigo de las majestuosas palmeras del oasis para instalar nuestro campamento.

CENTINELAS DEL PARAÍSO

Un nuevo día y un nuevo recorrido que estará dedicado al prolífero valle del Dra. Por la pista que ayer recorrimos para alcanzar Zagora nos internamos de nuevo y llegamos a un cruce que nos dirige hacia el poblado de Benizali. Nos dirigimos rumbo N y a partir de este tramo el oasis permanecerá a nuestra izquierda y el jebel a la derecha.

Comenzamos un recorrido donde el milagro del agua, la savia del desierto, nos muestra que es capaz de conseguir de una tierra seca e ingrata, un verdadero vergel en medio de tan vasta desolación. Pero hay algo más, entre la frondosidad y el verdor de los palmerales y cultivos se alza una construcción creada por los hombres del desierto, la kasbah. Sistema defensivo que pone de manifiesto las duras batallas que en otros tiempos se libraron por defender estos pedazos de fructífera tierra que les permitían existir en un medio tan hostil. Los bereberes han sabido conjugar deliciosamente una mezcla tan sencilla como es la arena, la arcilla y las piedras para deleitarnos con estas soberbias fortificaciones enigmáticamente decoradas con motivos geométricos y lineales que las convierten en un ejemplo único y original. Pero muy lejos están los días de ataques y ofensivas, por el contrario, hoy en día podemos disfrutar de su hospitalidad y acercarnos a sus gentes y forma de vida.

Sus pobladores se sumergen en una sosegada actividad desde tempranas horas de la mañana. Lejos del bullicioso y estresante ritmo con el que las ciudades comienzan el día, los pueblos de este valle se desperezan poco a poco. El humo que se escapa por las chimeneas de las casas delatan su puesta en marcha, poco después los primeros vecinos asoman por entre las senderos del oasis: mujeres, hombres y niños que sobre borriquillos, carros, bicicletas o a pie se dirigen a sus quehaceres en los cultivos o guiando al ganado que les encomiendan cuidar. Muros que protegen la intimidad de las viviendas, pozos de agua en muchas esquinas, lugareños con manojos de zanahorias recién cortadas, aquellos más devotos que se dirigen con calma pero sin pausa a la llamada de la oración. Un ir y venir que nos sumerge en un clima seductor de extremada sencillez y naturalidad. Llegados a este punto cada cual decide el tiempo que desea continuar inmerso en este singular ambiente y dejarse llevar por los sentidos.

Llegamos a Benizouli, donde un corto ramal de asfalto nos llevaría hasta la carretera nacional pero preferimos seguir avanzando por la pista que permite el disfrute del palmeral y de los pueblecitos que lo amenizan. Llegamos a Timaslá donde ahora si que damos por concluido nuestro recorrido por el Valle del Dra. Tomamos una pista que va hacia el oeste, descendemos hasta el acueducto y vadeamos el ancho y caudaloso oued del Dra, donde unas piedras que emergen del agua acertadamente por donde cruzarlo. En la otra orilla, una pista hendida en la tierra nos devolverá de nuevo al siglo XX, encontrándonos con el asfalto y los vehículos que circulan a velocidades vertiginosas.

Aquí finaliza otro extraordinario recorrido que nos ha descubierto un entorno prodigioso, donde la aridez y la vida pugnan por vencer, un avance por desiertos muy contrastados que

transforman este recorrido en una de las rutas presaharianas más bellas de Marruecos.

Parte - 3

CENTINELAS DEL BOSQUE

- El Medio Atlas marroquí -

Texto y fotografías: Vicente Plédel y Marián Ocaña.

ENTRADILLA

Una nueva etapa por Marruecos nos traslada al Medio Atlas, una sugestiva zona considerada erróneamente "de paso". Si penetramos en su corazón disfrutaremos de encantadores parajes moldeados por ríos, lagos y cascadas entre centenarios árboles, legítimos centinelas de los frondosos bosques que ocupan gran parte del territorio montañoso. Donde nos sumergiremos con la esencia de los pueblos seminómadas de los Beni Mguild y sus peculiares asentamientos.

"CENTINELAS DEL BOSQUE"

- El Medio Atlas marroquí -

Efectivamente esta zona del medio Atlas es una zona que suele convertirse en etapa de paso hacia el Alto Atlas o las dunas de Merzouga pero queremos detenernos durante varias jornadas para conocer algunos de sus parajes más singulares.

Avanzando hacia el Atlas, pero antes de ponerse el sol, no podemos pasar por alto un formidable lugar, el balcón de Ito a 1425 m de altitud, testigo de las transformaciones que su entorno ha sufrido debido al fragor de las erupciones volcánicas. Un precioso mirador desde donde se divisa una espectacular vista sobre un extenso valle y verdes colinas que hace sentir próxima las palpitations del Medio Atlas. Dependiendo de la época del año en que se visite, podemos contar al final de la primavera con un bello espectáculo de verdor y exuberancia. En cambio al final del verano el tapiz esmeralda que lo cubría todo ha sido castigado por el intenso calor de la época estival. A pesar de ello no deja de mostrarnos una magnífica imagen teñida de colores ocre, pardos y de los esforzados retazos de verdor que han sobrevivido. En la explanada se encuentran unos interesantes puestos de fósiles de gran variedad para los amantes de la geología.

La llegada a Azrou, ciudad de origen bereber, nos sitúa a las puertas del Medio Atlas. Aquí reponemos gasoil y como la noche empieza a echarse encima comenzamos a buscar nuestro lugar de acampada. Nos adentramos por un bosque de cedros varios kilómetros a las afueras de la ciudad y establecemos nuestro campamento.

El lugar es mágico, bien es cierto que los acogedores bosques de cedros de esta zona del país son de sobra reconocidos por todos. Algunos de estos "señores del bosque" pueden llegar a contar con más de dos siglos de antigüedad, pudiendo llegar a alcanzar hasta 60 m de altura y 2 m de diámetro. Hace siglos que los ebanistas y carpinteros modelan los robustos cuerpos de estos centinelas del bosque para embellecer medersas, mezquitas y palacios.

NÓMADAS DE LAS MONTAÑAS

A la mañana siguiente descubrimos que el entorno está repleto de monos, un pequeño feudo donde estos pequeños primates se asientan. Tranquilos pero un tanto desconfiados se acercan discretamente a recoger las galletas que les ofrecemos, persiguiéndonos con la mirada cuando reemprendemos la ruta.

Vamos a recorrer el país de los Beni Mguild a través de unas pistas que desde Azrou nos llevarán hasta Ain-Leuh. La Casa Forestal de Ain-Kahlaque nos proporciona un referencia muy importante para posicionarnos y continuar nuestro camino con seguridad.

Los Beni Mguild son los miembros de una confederación de tribus bereberes que ocupan una vasta región del Medio Atlas, seminómadas se han ido adaptando a las peculiaridades de la zona que habitan. Aunque se mueven con sus rebaños y sus familias en invierno a latitudes menos rudas que las de la montaña, en primavera y otoño se dedican al cultivo de los campos. En definitiva un seminomadismo que les permite vivir a caballo entre dos formas de vida clásicamente enfrentadas.

El camino que seguimos nos presenta una planicie rodeada de colinas cubiertas de cedros y en la que avistamos rebaños de borregos que los bereberes seminómadas de la zona cuidan, algunas haimas se encuentran plantadas por la zona de forma dispersa. La pista es irregular, de tipo arcilloso y ha sido castigada por las lluvias pero se encuentra perfectamente transitable. Con el bosque de fondo, frente a nosotros, avanzamos por un terreno árido, hasta que penetramos en él. Alcanzamos el pozo que abastece los alrededores de la Maison Forestière d'Ain-Kahla. Unos pastores tumbados junto al pozo nos observan mientras cuidan sus rebaños que están dando buena cuenta del sabroso pasto que se extiende ante ellos.

Nos despedimos de ellos y proseguimos la ruta. Continuamos rodeados de abetos y cedros con un sol radiante y una temperatura muy agradable por una pista de cómoda conducción. Llegamos al asfalto y seguimos dirección Ain Leuh a nuestra izquierda. Aunque nos unimos a la carretera, la pista sube y baja sinuosa por pequeños puertos repletos de vegetación. Y dentro de este atractivo entorno alcanzamos la ciudad bereber de Ain Leuh, centro invernal de ski. El mercado se suele convocar los lunes y los jueves, pero hoy no es nuestro día y nos limitamos a comprar fruta y abundante pan. Este centro estival es muy frecuentado por clanes familiares de los Beni M'Guild donde el señor feudal de la época mandó construir una kasba en el siglo XVIII.

Tras abandonar la villa, tomamos una nueva pista que seguimos y que discurre por un estrecho tramo rodeado de árboles. Nos cruzamos con diminutos asentamientos que disponen de pequeños campos de cultivo y arroyos que bañan estos campos.

EL VALLE PERDIDO

Alcanzamos Ajabo para proseguir hasta el pueblecito de Zaouia d'Ifrane, se trata de una perla al abrigo de las montañas que le rodean, donde el tiempo parece haberse detenido. Tranquilo y olvidado del resto del mundo, como esos legendarios valles perdidos que pueden valerse por sí mismo entre frondosos campos de cultivo y ganado bien alimentado. Las abundantes aguas que desde las altas cimas llegan a raudales hasta el pueblo y se encargan de la prosperidad de este enclave. Por todos los rincones aparecen fuentes o brotes espontáneos de agua fresca y cristalina. Es fácil comprender esta abundancia si observamos las cornisas montañosas que rodean el lugar y las cataratas que desde una impresionante altura fluyen sin

cesar. La gente amable y sencilla, aunque en el momento que aparecemos por el pueblo tienen su atención centrada en llegar cuanto antes a la mezquita para emprender sus rezos, pues desde el minarete de su mezquita son reclamados una y otra vez por el clamor, entre fervoroso y afligido, del almuhecin.

Comenzamos a avanzar por una pista que a las afueras del pueblo, asciende sinuosa escoltada por encinas. La pista, aunque degradada por las lluvias es posible transitarla. Las vistas a medida que vamos ascendiendo, nos cautivan y alcanzan su máximo esplendor cuando divisamos una panorámica abierta sobre Zaouia d'Ifrane y su pequeño paraíso.

Poco después nos internamos en una llanura del medio Atlas con un entorno rocoso y más árido donde la vegetación comienza a ser menos abundantes pero nos vamos cruzando con numerosos agrupamientos de pastores nómadas y sus rebaños. Posteriormente, la pista vuelve a estar arropada por la generosa naturaleza cuando avanzamos por una llanura escoltada de colinas cubiertas de encinas y nos dirigimos a una gigantesca esplanada que tiene todo el aspecto de quedar totalmente inundada con las lluvias. En ella hay excavados varios pozos y mujeres y pastores llenan sus tinajas para trasportar el agua a lomos de sus borricos hasta sus jaimas. Intentamos varias veces de salir de allí pero son tentativas fallidas, no hay modo de encontrar ninguna pista que no muera a los pocos kilómetros. Los propios nómadas son los que nos reorientan y nos señalan que avanzando campo a través y tras surcar un roquedal... tendremos que encontrar la salida apta para todoterrenos.

El sol se ha puesto y la claridad es cada vez más escasa. Avanzamos unos pocos kilómetros siguiendo las indicaciones del pastor y cerca de unos antiquísimos cedros volvemos a asentar un nuevo campamento. La noche promete un espectacular cielo estrellado, dado el copioso número de ramas secas dispersas por el lugar encendemos una fogata en una esplanada rocosa sin vegetación. Compartimos un rato tras la cena con los pastores que nos habían indicado el camino a seguir para sortear el roquedal donde ahora nos encontramos. Preparamos un café en las brasas de la hoguera y lo compartimos con los pastores que se sientan junto a nosotros alrededor del fuego. Cuando el fuego comienza a apagarse se despiden de nosotros. En la completa oscuridad disfrutamos del maravilloso cielo que sobre nuestras cabezas despliega un asombroso desfile de constelaciones perfectamente reconocibles.

LOS LAGOS DE ALÁ

Por la mañana nos ponemos en marcha para encontrar de nuevo la pista que ayer nos indicaron. Pero no hay ni rastro, las lluvias y el terreno pedregoso apenas permite distinguir lo que había sido la pista. Por una torrentera de piedras enormes comenzamos a remontar, primero a pie y luego con los todoterrenos, lo que parece un posible camino, avanzando con cuidado para no dañar los bajos y evitar posibles pinchazos. Por fin, al otro lado de este infernal camino se vislumbraba tímidamente un camino de cabras con cantidad de piedras por el se podía seguir

avanzando, desde lo alto observamos un pequeño lago a lo lejos y la carretera asfaltada a los pies de la falda montañosa.

Iniciamos el descenso hasta que logramos reunirnos con el asfalto, que nos conduce directamente al manantial de Oum er-Rbia. Sus aguas caen en preciosa cascada desde un inmenso acantilado calcáreo y se encauzan por un estrecho cañón repleto de restaurantes, cafés, salones de té y tiendas de recuerdos. Es el precio que pagan los bellos lugares a los que se puede acceder por asfalto... pero aun con todo, se trata de un alto obligado donde nos podemos dar un baño en sus piscinas naturales entre las rocas o reponer fuerzas en una de sus singulares jaimas.

Desde el manantial de Oum er-Rbia nos vamos a dirigir en coche a pocos kilómetros al aguelmane Azigza, se trata de un precioso y gran lago azul a 1.500 m de altitud y cercado por un nutrido bosque de pinos verdes, cedros y rocas. Un regalo de Alá y de la generosa naturaleza que le envuelve. Suele ser un punto de concentración de los marroquíes que en la época estival se acercan a acampar a la sombra de los pinos y donde los niños y los hombres, nunca las mujeres, se suelen dar un chapuzón. Nosotros tampoco resistimos la tentación y nos zambullimos todos en el agua. Allí aprovechamos para comer y descansar un rato antes de ponernos de nuevo en marcha hacia nuestro próximo objetivo.

POR SENDAS SINUOSAS

Para llegar hasta Arhbalou vamos a seguir una serie de caminos asfaltados, estrechos y serpenteantes que acaban convirtiéndose en una pista montañosa que discurre a media ladera donde los cedros, gigantescos y fantasmales, siguen adueñándose de la vegetación del Atlas. Advertimos los desprendimientos provocados por las lluvias de las últimas semanas; tormentas que también han sembrado el recorrido de badenes abruptos que no debemos ignorar. Los puentes que cruzamos nos muestran a nuestros pies las gigantescas rocas arrastradas por las aguas furiosas de los ríos que transcurren por estas altitudes.

Abandonamos esta pista encajada entre las laderas del bosque y comenzamos a divisar el valle que se extiende entre colinas mientras avanzamos por una excelente pista. Llegamos a la salida del valle y nos reencontramos con el asfalto. El asfalto y las pistas se van alternando hasta alcanzar Arhbalou, donde repostamos gasoil y nos tomamos un reconfortante té a la menta. Tras pasar El Kebab comenzamos a buscar nuestra próxima zona de acampada.

Es una zona muy poblada, para buscar intimidad nos adentramos por la pista que conduce a la "Maison Forestière Koumch" (Casa Forestal), nada más pasar el pueblo de Dechra-el-Oued. Entre colinas encontramos un claro y aunque es un terreno muy pedregoso las auto-tiendas que llevamos en el techo nos evitan dormir sobre un lecho de piedras.

La nueva jornada se inicia en dirección a Aghbala. Tras un terreno mesetario por asfalto volvemos a recorrer una carretera serpenteante que se adentra por montañas boscosas y preciosas

vistas panorámicas que nos elevan hasta los 1350 m de altitud.

Agbala es un pequeño pueblo, un alto obligado donde reponemos provisiones, agua y combustible en la gasolinera que se encuentra junto a la mezquita.

ATALAYA INEXPUGNABLE

Retrocedemos por el mismo asfalto que nos había dejado en Aghbala y cogemos una pista que nos sale a la izda. Es evidente que las lluvias han maltratado esta zona, la pista por la cual circulamos se encuentra severamente cuartada y desdibujada. Entre rayos y truenos alcanzamos el pueblo de Dadjun mientras la lluvia continua cayendo más suavemente. Desde aquí no vemos ni el más leve indicio de algún camino o pista, las riadas han destruido las laderas de las montañas. Para llegar a Bouadil... tendremos que ir durante kilómetros campo a través puro y duro. Un tramo 4x4 de dificultad extrema (si no es un experto aconsejamos hacer el tramo Aghbala-Tounfite por el rutómetro AUTO VERDE 4X4 N° 110).

Pastores y aldeanos nos orientan hacia los pasos donde se supone que caben nuestros tototerrenos y así vadeamos el río repleto de piedras y cantos rodados, subimos y bajamos empinadas pendientes que ahora las cubren lechos de fango, durante largos tramos seguimos el curso del río por el propio cauce, continuamos trepando por roca viva y vamos sorteando barreras de árboles con las que nos topamos. Las ruedas se deslizan por el fango y la roca húmeda e incluso en uno de los vadeos uno de nuestros vehículos queda atrapado en una traicionera poza pero logramos sacarlo con el cabrestante. Después de 5 horas para avanzar tan sólo unos 4 km llegamos a Isakman.

Desde el pueblo la pista comienza a dibujarse sobre el terreno. Pero la noche está al caer y el entorno pierde nitidez a nuestro alrededor mientras discurrimos por pistas sinuosas que zizaguean en un mundo de infinitas colinas blancas. Remontamos un promontorio para acampar en tan privilegiada atalaya rodeados de impresionantes valles y montañas.

En nuestra última jornada las pistas se hacen más visibles. Pasamos Bouadil y Yahia, pobladitos con campos de cultivo que aparecen ante nosotros como paraísos perdidos en este remoto valle. Sus casitas de adobe están decoradas con sencillos motivos geométricos alrededor de las ventanas y puertas. Seguimos por una pista polvorienta perfectamente transitable hasta alcanzar el asfalto en Tounfite, un final de etapa ideal para reponerse.

Estamos en las puertas del Alto Atlas e iniciaremos una nueva y cautivadora ruta por estos colosales macizos repletos de nuevas vivencias en la próxima etapa.

Parte - 3

CICATRICES DE LA TIERRA

- Alto Atlas marroquí -

Texto y fotografías: Vicente Plédel y Marián Ocaña.

ENTRADILLA

Vamos a realizar una ruta salpicada de emociones intensas a través de los vivificantes paisajes del Alto Atlas. Montañas que nos revelan parajes como las gargantas del Dadés, del Todra o de Amelago, que aparecen como las profundas cicatrices que la naturaleza ha perpetrado sobre la tierra. Por ellas descubrimos un mundo que deleita a los sentidos y nos permite acercarnos un poco más a los pueblos que se aferran por sobrevivir en estos espectaculares rincones del Atlas marroquí.

"CICATRICES DE LA TIERRA"

- Alto Atlas marroquí -

En el rutómetro del mes pasado llegamos hasta la ciudad de Tounfite. Desde aquí se inicia la ruta de este mes que partirá en la gasolinera del pueblo. Mientras parte del equipo se queda en la estación de servicio, revisando los coches y repostando gasoil, el resto nos acercamos a la ciudad donde reponemos provisiones. En Tounfite nos encontramos al guía de montaña Mohamed, un hombre encantador que siempre que pasamos por aquí nos proporciona una valiosa información, de forma desinteresada, en cuanto al estado de las pistas y la situación meteorológica.

Así pues, con provisiones, agua, el tanque de combustible a tope y la información de primera mano iniciamos el nuevo trayecto desde Tounfite hacia Agoudal. La ruta que vamos a seguir ha sufrido muchísimo con las destructivas tormentas y son muchos los vadeos que debemos efectuar debido a la maraña de obstáculos que siembran las casi inexistentes pistas que nos obligan durante largos tramos a seguir el curso de las aguas.

Derrumbamientos, rocas en medio de la pista, incursiones en el cauce del río son los ingredientes de esta jornada que completa su puesta en escena con una nube que hacia las cuatro de la tarde hacen acto de presencia en su ineludible cita diaria, comenzando a llover sobre la pista arcillosa que seguiremos con precaución.

La senda pedregosa y con paredes rocosas se combinan con abetos y cedros de aspecto gigantesco y espectral. A medida que ascendemos el bosque va desvaneciéndose progresivamente para dejar paso a una vegetación de tipo arbustivo, donde los pequeños poblados, gracias al clima húmedo, sobreviven con sus cultivos.

Estos poblados se encuentran ubicados en pequeños valles encajados entre abruptas colinas, parecen sacados de un Portal de Belén, como si los siglos hubiesen pasado por ellos sin perturbarlos en su forma de ser y en la tradicional filosofía de la vida de sus habitantes. Seguimos ascendiendo hasta alcanzar casi 3.000 m de altitud y el entorno sigue mutando mostrándonos una esterilidad total frente al verdor de los campos cuidados por el hombre gracias a la savia de la tierra: el agua.

EL SECRETO DE LAS KASHBAS

Comenzamos a descender y a lo lejos se dibuja sobre un valle mucho más extenso el pueblo de Tilmi. En las colinas circundantes de suaves ondulaciones se proyectan los últimos rayos del sol y podemos perfectamente identificar la estratificación del terreno, a sus pies se hayan cobijadas las plantaciones con el pueblo vigilante.

A partir de ahora vamos a realizar un soberbio recorrido por poblados bereberes donde la

kashba se va a convertir en el vital bastión de sus construcciones. Nos encontramos en pleno corazón del Alto Atlas donde el sentir bereber se destila a través de los muros de sus casas de agua, arcilla y guijarros. Una ruta que sigue una pista muy sinuosa junto al trazado de un oued que da vida a infinidad de tierras labradas por este frondoso valle. Los ríos en esta zona son fuente de vida... o de destrucción, cuando las violentas tormentas son capaces de crear riadas que arrasan casas, cultivos... y vidas.

Pero otro intenso día llega a su fin y tenemos que empezar a buscar el lugar de acampada. Entre dos pueblos y en un terreno un tanto brusco y desnivelado organizamos el campamento. Afortunadamente para nosotros, dormir sobre el techo de los 4x4 nos permite elegir cualquier tipo de terreno ya que con una piedra estratégicamente colocada bajo la rueda nivelamos el coche y listos para dormir.

Ha sido la noche más gélida del recorrido pero por la mañana los cálidos rayos del sol nos proporciona una temperatura mucho más benigna. El terreno tiene otro color, nos encontramos junto a un campo regado por el río que transcurre cerca de nosotros donde los ocres y verdes eléctricos se entrelazan. Recogemos el campamento y comenzamos la ruta.

La ruta hasta Agoudal nos otorga la oportunidad de recorrer de nuevo un pequeño tramo del rutómetro I de esta serie, pero merece la pena porque es uno de los tramos más encantadores y atractivos. Disfrutamos nuevamente de las típicas poblaciones bereberes presididas por sus omnipotentes kashba que le aporta ese rasgo tan peculiar a esta preciosa zona. Sobre estas fortalezas ni los hostiles invasores ni el impetuoso "occidente", han podido doblegar su espíritu ancestral que han mantenido férreo frente al mundo paralelo del progreso. Los niños del Atlas son otra "historia", como en la anterior ocasión, en cada poblado somos recibidos por una embestida de niños desencajados que angustiosamente reclaman todo lo que se les ocurre y no dudan en arrojar piedras a los vehículos para detenernos.

Finalmente hacemos un alto en Agoudal, último poblado de los muchos kilómetros que recorreremos a partir de ahora y donde hemos de identificar correctamente la pista que queremos seguir hacia las gargantas del Dadés, nuestro próximo objetivo. Se nos acerca el hijo del jefe del pueblo y conversamos sobre nuestros planes, la jauría de niños parece calmarse. Nos damos un tranquilo paseo por el pueblo y por su hermosa kashba.

El cafetín está a rebosar de clientes, pero evidentemente sólo de hombres. Las mujeres, que nunca acceden a estos locales, no aparecen ni a la puerta de las casas. Uno de los lugareños nos explica el por qué de su obligada ausencia. A las mujeres se le es reclamada su presencia en los campos de cultivo, como es habitual en el quehacer diario entre otras muchas labores, mientras ellos se inflan de té y café en los cafetines. Corremos un tupido velo sobre las costumbres laborales y sociales del pueblo y seguimos disfrutando de su arquitectura a lo largo de sus calles.

MONTAÑAS DESGARRADAS

Poco después iniciamos el recorrido de la pista que buscamos. El paisaje se torna bruscamente árido pues hemos dejado definitivamente tras nosotros el agua y los campos, pero esta nueva imagen llena de crudeza goza de una primitiva e insólita belleza, que como profundas cicatrices rasgan el terreno.

Estamos atravesando un paraje lunar donde la gama de tonos rojizos, morados, violetas y pardos nos dibujan un terreno de una rudeza desgarradora. Las lluvias han barrido las montañas y la pista es extremadamente reducida, casi embebida por el precipicio. Nos parece insorteable pero conseguimos avanzar por esta catarsis de estratos y fosas descomunales que se extienden a los pies del angosto paso. El vigor y la dureza de la naturaleza se expresa en su forma más inquietante por este sobrecogedor paraje.

De pronto, el verdor de los campos del pueblo de Ait Moussa Ouisso nos recuerda que el agua otorga de nuevo la vida a la tierra y nos revela su posición. El pueblo intenta futilmente camuflarse con la orografía del terreno entre sus formas y colores, pero sus campos esmeraldas destellan sobre esta paleta de tonos rojizos y violetas delatando su existencia, demostrando que la vida puede brotar hasta de los lugares más engañosamente yermos y desolados. Y comienza el desfile de poblados y cultivos en una tregua que la aridez concede a la fuerza de la vida.

Si hasta ahora nos hemos visto sorprendido por la espectacularidad del recorrido no será para menos las gargantas de nuestro ansiado objetivo: el Dadés.

Remontando la pista ascendente nos topamos con un verdadero capricho natural, en lo más hondo del precipicio aparece una enorme concha de tierra compacta circundada por un meandro que extiende la vegetación allí por donde pasa.

Continuamos descendiendo por una pista bruscamente zigzagueante entre el monumental pasillo de roca natural y que finalmente acaba uniéndose a la lengua esmeralda de los copiosos palmerales. Este verdor nos anuncia la presencia de los oasis que emergen en la cuenca erosionada por las aguas entre insólitas formaciones pétreas. Sus imponentes kashbas salpican magistralmente el prodigioso cañón.

Los puestos de artesanía no tardan en aparecer y van exhibiendo sables, puñales, cruces tuaregs, pipas, pañuelos, brazaletes y un sin fin de variado género artesanal. Es el final de la pista descendente que nos acerca a la civilización y las tiendas nos escoltarán hasta la ciudad de Boumaine, en la carretera nacional.

Inmersos en esta gran urbe reponemos gasoil, cambiamos dinero y realizamos las compras de provisiones en un zoco que se resiste a replegarse, apurando los pocos minutos que quedan para ponerse el sol.

Desde Boumaine a través del asfalto decidimos alcanzar la ciudad de Tinerhir y desde

esta ciudad nos adentramos en las Gargantas del Todra para acampar. Completamente de noche localizamos una terraza junto al río que discurre por las gargantas, estableciendo el campamento al amparo de unas palmeras.

Estamos rodeados por las altísimas paredes rocosas que aun nos permiten vislumbrar el cielo estrellado mientras saboreamos nuestra última copa de vino en este extraordinario marco natural.

Por la mañana cruzamos la garganta del Todra a plena luz del día, cuando mejor podemos disfrutar y contemplar la dominante e impresionante dimensión de este pasillo fósil ... que en algunos puntos alcanza los 300 m. de altura con tan solo 10 m. de anchura.

Por las gargantas del Todra vemos discurrir el agua, en esta ocasión extremadamente turbias debido a las copiosas lluvias que no hace mucho han descargado las tormentas. Es el maná que permite el nacimiento de las palmeras que salpican este escenario petrificado. Pasado Ait Hani y orientados hacia Assoul la tierra se torna estéril y tan solo nos cruzamos con rebaños de dromedarios que avanzan languidamente, al ritmo que sus tranquilos dueños les marcan sin demasiadas prisas. El tiempo por estos parajes parece detenido, paciente, tranquilo y sus habitantes se adaptan sin resistencia a su juego, nosotros por nuestra parte lo surcamos complacidos e impacientes por seguir descubriendo todo lo que nos puede ofrecer.

SUEÑOS DE ADOBE

En Assoul pasamos por el centro del pueblo dejando a nuestra izquierda el bello minarete de la mezquita y tras pasar bajo el arco de la Gran Plaza seguimos la pista que a la derecha nos muestra los campos y las tradicionales y familiares construcciones de adobe. Lejos del evolucionado occidente nos movemos por una nebulosa de sueños de adobe, poblados de otros tiempos que mezclando agua, tierra y paja han creado un mundo inalterado. Nuestros todoterrenos se han transformado en máquinas del tiempo.

Así se inicia el recorrido por las gargantas Amelago, seductoras por su tortuosa belleza, completando una trilogía soberbia junto a sus hermanas mayores las gargantas del Dadés y del Todra. La pista atraviesa literalmente los riscos violáceos que componen el camino y en las terrazas que acompañan al río se establecen poblados y cultivos aprovechando la corriente de agua que vivifica estos angostos caminos.

Pueblos que son verdaderos nidos de águilas aliados con el entorno, ocultándose como camaleones en la verticalidad de la pared pétrea. La pista, en muchas ocasiones excavadas en la roca viva, nos permite circular a veces a cielo abierto y otras por el corazón de este muro vertical, sintiendo sobre nuestras cabezas los gigantes macizos monolíticos.

Tras la magnífica garganta el espacio abierto pide paso, abriéndose a discreción. Emprendemos nuestro avance por una amplia planicie de tierra dura salpicada de optimistas

rastrojos mientras somos flanqueados a lo lejos por las montañas, que pronto quedarán tras nosotros.

El asfalto aparece de nuevo y nos anuncia que la ciudad de Rich está a tan sólo unas decenas de kilómetros. En esta localidad es donde oficialmente damos por concluido el rutómetro e iniciamos el regreso a Ceuta.

Estos colosos rocosos que configuran el Alto Atlas nos han descubierto un universo de contrastes insólitos donde exuberantes montañas y gargantas rocosas salpicadas de oasis proporcionan jornadas de intensas e inolvidables experiencias... una grandeza muy alejada de nuestro moderno micro-mundo.